

Con el sombrero puesto

y la pluma en la mano:
prensa anticlerical
en Cartagena, 1876-1912^(*)

Jairo Álvarez Jiménez

Presentado: agosto de 2011

Aprobado: octubre de 2011

Resumen:

En este artículo se estudia las expresiones y las opiniones anticlericales que se generaron al interior de la prensa liberal cartagenera durante el tránsito del siglo XIX al XX. Planteamos que la radicalización del discurso contra la Iglesia a nivel local se presentó por el carácter libertario, tolerante y trasgresor de la sociedad; y por los conflictos coyunturales que se presentaron entre los sectores dirigentes y el pueblo contra la jerarquía eclesial. Con esto también se busca mostrar que históricamente en el Caribe colombiano la Iglesia Católica como institución y su religión encontraron diversos obstáculos para consagrar su hegemonía.

Palabras claves:

Cartagena, Iglesia Católica, prensa, anticlericalismo, liberalismo, religión, masonería.

Abstract:

This article examines the views and anticlerical expressions that were generated within the liberal press cartagenera during the transit of the XIX century XX. We propose that the radicalization of the discourse against the Church was presented locally by the libertarian, tolerant and transgressor of society, and economic conflicts that were among the leaders and the people against the church hierarchy. This also aims to show that historically in the Colombian Caribbean the Catholic Church as an institution and religion found several obstacles to consecrate its hegemony.

Key words:

Cartagena, Catholic Church, the press, anticlerical, liberalism, religion, Freemasonry.

(*) Este artículo forma parte del trabajo de investigación *Guerras civiles, iglesia y política en el Caribe colombiano durante el siglo XIX*, que se desarrolla actualmente para optar al título de Maestría en Historia, en el convenio interinstitucional entre la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (sede Tunja) y la Universidad de Cartagena.

“A nosotros nos tiene sin cuidado
la vuelta del señor Brioschi...
Puede volver cuando guste:
nos encontrará con el sombrero
puesto y la pluma en la mano”¹.

Presentación

En este artículo se estudian las expresiones y las opiniones anticlericales que se generaron al interior de la prensa liberal cartagenera durante el tránsito del siglo XIX al XX. Por anticlericalismo² entendemos, por un lado, la intención de reducir la influencia del clero en las cuestiones políticas y del Estado; y por el otro, lo relacionamos con el desprestigio en que lentamente se vieron envueltas las autoridades de la iglesia por sus incursiones en la vida política colombiana y por el afán materialista y de poderío económico que cultivaron durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX. Partimos de la idea que la institución eclesiástica no logró calar al interior de la cultura y la política regional caribeña, ni tuvo el dominio que alcanzó en otros espacios del territorio colombiano, en los que la iglesia y la religión católica permearon la vida misma de la mayoría de sus habitantes³.

La existencia de una alta religiosidad popular y de diversos ceremoniales y rituales sagrados en las poblaciones de la Costa Caribe, mas que negar estas afirmaciones, confirman las mismas; ya que estas expresiones culturales y espirituales se han construido

¹ Archivo Histórico de Cartagena (Colombia) [AHC], *Rojo y Negro*, Cartagena, marzo 16 de 1912.

² En Colombia el concepto de *anticlericalismo* debe ser interpretado en dos sentidos: existía un anticlericalismo agenciado entre los sectores políticos de la dirigencia liberal que buscaba minar el poder político y económico de la iglesia en el Estado; pero, a la vez fue surgiendo un anticlericalismo popular entre diversos sectores de la sociedad, que miraron y añoraron el cristianismo primitivo porque empezaron a ver en la iglesia una institución preocupada por las riquezas materiales y políticas, que había abandonado las prácticas de pobreza, fraternidad, humildad, servicio social y evangelización que debía poseer. Aquí no entendemos el anticlericalismo como un problema de clase, sino más bien como un problema de relaciones de poder político y social, que se extendió a diversos países de Latinoamérica, como México, Venezuela y Ecuador, por el peso institucional que venía alcanzando la iglesia católica desde el período colonial.

³ Al respecto pueden verse: Eduardo Posada, “Iglesia y política en la Costa Atlántica”, en *Huellas* N° 19, Barranquilla, Universidad del Norte, 1987; del mismo autor, *El Caribe colombiano. Una historia regional, (1870-1950)*, Bogotá, El Ancora eds.-Banco de la República, 1997; Gustavo Bell, “La universal relajación y corrupción de costumbres de los fieles...” en *Huellas* N° 22, Barranquilla, Universidad del Norte, 1998; Sergio Paolo Solano, *Puertos, sociedad y conflictos en el Caribe colombiano, 1850- 1930*, Bogotá, Observatorio del Caribe colombiano-Ministerio de Cultura- Universidad de Cartagena, 2003, especialmente el capítulo “El puerto, espacio polifuncional” pp. 3-15; Ernesto Jaramillo, “Perfiles anticlericales en manifestaciones y costumbres religiosas de Mompox (1876-1982)”, en *Boletín Historial* N° 27-28, Mompox, Academia de Historia de Mompox, 1996.

por fuera de los parámetros y del control de la iglesia católica⁴. Con esto no queremos decir que todo el pasado decimonónico de las sociedades del caribe colombiano esté mediado necesariamente por la generalización en todas sus capas sociales y políticas de un profundo rechazo hacia la iglesia católica, o que esta haya carecido durante los siglos XIX y XX de los poderes que normalmente tuvo en todo el territorio colombiano. Como en el resto del país, los sacerdotes, los obispos y la alta jerarquía eclesiástica llegó a alcanzar en las poblaciones de la Costa un nivel de protagonismo innegable, como se demuestra si se acude a la revisión de los “gobiernos espirituales” de los arzobispos José Romero en el Magdalena, Pedro Revollo en Barranquilla y Pedro Adán Brioschi en Cartagena⁵. Pero sobre lo que se quiere llamar la atención aquí es que como componente esencial para poder entender parte de la cultura política de Cartagena, imprescindiblemente se debe tener en cuenta el grado de tensión que alcanzaba muchas veces el tema de las relaciones entre el poder civil y el poder eclesiástico como tema que se agitaba y se aludía frecuentemente; así que la dinámica de la vida política y social de la ciudad puede ser mejor comprendida o ampliada, en su análisis, a través del recurso que puede brindar este elemento.

Especialmente nos centramos en el estudio de las actitudes anticlericales dentro de la dirigencia liberal de Cartagena, a través de la prensa, que generalmente servía a lineamientos políticos específicos. Durante el siglo XIX y comienzos del XX la prensa tenía un papel más de carácter doctrinal e ideológico que noticioso. En este contexto los periódicos editados por los abanderados del liberalismo perseguían como fin central la educación de los ciudadanos para transformar las mentalidades de estos⁶, por lo cual se recurría, muchas veces, a la utilización de un lenguaje cargado de adjetivaciones que buscaba estigmatizar o atacar al adversario político en el intento de moldear los comportamientos y opiniones de sus lectores frente a su antagonista. Los editores de los periódicos liberales de esta época, al igual que los conservadores, echaron mano de acciones, imágenes, símbolos y lenguajes tendientes a influir en la sensibilidad de aquellos que lo leían; así que esta prensa, más que informar sobre acontecimientos, se orientaban hacia objetivos y temas específicos como por ejemplo la defensa de una candidatura política, el rechazo o apoyo a la religión y a la iglesia, la posición que adoptaban frente al papel de la instrucción pública y, en fin, la opinión que tenían sobre los distintos aspectos del estado⁷. Así que la alusión que se hace aquí a la prensa como fuente histórica facilita

⁴ E. Jaramillo, “Perfiles anticlericales en manifestaciones y costumbres religiosas de Mompóx (1876-1982)”.

⁵ Para verificar esto se puede ver: Pedro Adán Brioschi, *Veinticinco años de episcopado*, Cartagena, Tip. de San Pedro Claver, 1924; Adriana Santos, *Iglesia y política en el Caribe colombiana durante el siglo XIX. Memorias del XIIIº Congreso Colombiano de Historia*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander-Universidad Nacional sede Medellín, 2006. Miguel Camacho, *Visiones y debates sobre el papel de la Iglesia católica en Cartagena, 1910-1930*, Tesis de grado para optar al título de Historiador, Universidad de Cartagena, 2007.

⁶ Ver François-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, Ed. Mapfre, 1992, pp. 227-274.

⁷ Adriana Santos, “La prensa católica en el Estado Soberano del Magdalena: guerra de palabras y pedagogía política”, en *El Taller de la Historia* N° 2, Cartagena, Universidad de Cartagena, 2002, pp. 85-89.

leer y percibir la construcción mental de los sectores sociopolíticos del liberalismo, por lo que el alto grado de subjetividad con que se encuentra cargada esta fuente permite identificar y decantar el nivel de compromiso existente que tenían los editorialistas y articulistas en los debates en que se involucraban⁸.

El hecho histórico clave para rastrear las actitudes anticlericales de la prensa liberal es el levantamiento popular que se presentó en Cartagena en diciembre de 1910 contra el arzobispo Pedro Adán Brioschi y que condujo a su expulsión. Así que el estudio se concentra especialmente en los años del dominio republicano en el país, período que nos permite conocer no solo la protesta, sino también las opiniones que se registraron en la prensa a raíz del regreso de Brioschi en 1912. Sin embargo, para efectos de una mayor comprensión del tema y para verificar que el sentimiento anticlerical de la ciudad era un elemento tradicional y de vieja data, presentamos algunos antecedentes que se remontan hasta mediados del siglo XIX.

El clero colombiano en dos momentos

La iglesia católica colombiana vivió dos épocas distintas que marcaron severamente la historia de esta institución. La primera se puede denominar de anticlericalismo institucional y se ubica entre los años que van desde 1848 a 1878. Este fue un período que se caracterizó por las persecuciones constantes hacia la institución eclesiástica por parte de los gobiernos y políticos liberales, que buscaban disminuir su poder en la sociedad y en el Estado con medidas de tipo moderno como la separación de la iglesia y el poder civil, la libertad de cultos, la desamortización de bienes de manos muertas, la institución del matrimonio civil obligatorio, la expulsión de los jesuitas, la disolución de las ordenes religiosas regulares, el nombramiento de los párrocos por parte del gobierno, la aplicación del divorcio y la tuición o suprema inspección de cultos en Colombia.

En el marco de la Regeneración y de hegemonía conservadora, y más específicamente cuando entran en vigencia la Constitución de 1886 y el Concordato del año siguiente, la estructura del Estado colombiano da un vuelco que sepulta definitivamente las bases montadas en medio de los consecutivos gobiernos liberales; y la iglesia va a ser la institución mas favorecida, gracias a la apelación que a ella hacen los regeneradores para el logro de sus políticas. Así se convierte Colombia, entonces, en un Estado proclerical, a través de reformas como declarar la religión católica de tipo oficial, instituir el matrimonio

⁸ En este sentido para nuestro objetivo de conocer las características de las opiniones anticlericales liberales toma validez lo expresado por Jesús Álvarez respecto a que la prensa constituye una fuente primaria que interpreta, valora, señala, exalta o vitupera la información registrada en esta. Es decir, 'toma partido' frente a los sucesos ocurridos y presenta una visión móvil y cambiante de la realidad, que es vista a través de los cristales opacos de la ideología y de los intereses particulares del partido político que se defiende; así que la carga subjetiva y la visión parcializada de esta fuente va de la mano con el objetivo que aquí se persigue. Jesús Álvarez, *Índice de prensa existente en la Biblioteca Central*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1984, citado por José David Cortés, *Curas y políticos. Mentalidad religiosa e intransigencia en la Diócesis de Tunja, 1881-1918*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 1998, p. 317.

católico y declarar a la iglesia como la institución encargada de conducir la educación y vigilar los valores morales de todo el conjunto de la sociedad, con la potestad de perseguir al que se alejara de su pensamiento⁹. Es en este periodo (1886-1930) en donde se consolida en Colombia un poder autocrático controlado por el partido conservador y la iglesia católica; solidificándose así el poder cultural y simbólico del clero y la intolerancia política respecto a las ideologías modernas, porque la institución no solo se ocupa del sector educativo sino también de las organizaciones sociales, la prensa y la difusión del pensamiento¹⁰. Esto trajo como consecuencia que el clero se mostrara intolerante con las ideologías liberales, y buscara vengarse de los vinculados, desde entonces, con el ateísmo y el anticatolicismo. La intransigencia con la que se habían visto tratados los eclesiásticos en el periodo radical, al ver negado sus derechos como hombres y ciudadanos, ahora estaba dirigida desde el clero hacia los partidarios del liberalismo¹¹. Desde el punto de vista institucional en Colombia se presentaba un proceso totalmente diferente a lo ocurrido en el resto de Latinoamérica; ya que la mayoría de estos países lograron separar la fuerza influyente de la iglesia católica de las funciones del poder civil, después de un periodo en el que esta estuvo presente en los inicios de la configuración de los nuevos estados naciones¹². Por ejemplo, la generación liberal que llegó al poder en Argentina hacia los años ochenta del siglo XIX, buscó establecer una relación entre religión y nación fundamentada en la libertad de cultos y en la existencia de una democracia pluralista en cuestiones religiosas, y en cuanto al tema de la iglesia y el Estado esa misma generación liberal encaminó una política dirigida a contener la autonomía del poder eclesiástico y a eliminar su capacidad de condicionar o determinar la acción de las autoridades civiles¹³. En Chile el problema religioso se resolvió cuando a la llegada al poder de los liberales, la iglesia católica se introdujo dentro de este mismo orden liberal en construcción, utilizando los instrumentos y los derechos que se les permitía para negociar a través de asociaciones de tipo moderno que siguieron luchando por su hegemonía en la sociedad, pero que aceptaron la pluralidad que ya caracterizaba a esta¹⁴.

⁹ Un análisis detallado de las relaciones entre la iglesia y el estado en Colombia durante los dominios liberal y conservador es el de Fernán González, *Poderes enfrentados*, Bogotá, Cinep, 1997; del mismo autor también se pueden ver sus artículos: “Iglesia y Estado desde la convención de Rionegro hasta el Olimpo Radical, 1863-1878”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* N° 15, Bogotá, Universidad Nacional, 1987; y “La Iglesia y el Estado colombiano, 1886-1930”, en *Nueva Historia de Colombia*, tomo II, Bogotá, ed. Planeta, 1989

¹⁰ Renán Vega, “Sotanas, candidatos y petrodólares. La caída de la república conservadora vista por un diplomático francés”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico* N° 48, Bogotá, Biblioteca Luis Ángel Arango, 1998, pp. 21 y 30

¹¹ J. Cortés, *Curas y políticos*.

¹² John Lynch, “La Iglesia católica en América latina, 1830-1930”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, tomo 8, Barcelona, University Cambridge Press-Crítica, 1991.

¹³ Loris Zanatta, “De la libertad de culto ‘posible’ a la libertad de culto ‘verdadera’. El catolicismo en la formación del mito nacional argentino, 1880-1910”, en Marcello Carmagnani (coord.), *Constitucionalismo y orden liberal. América Latina, 1850-1920*, Torino, Otto editore, 2000, pp. 158-159

¹⁴ Sol Serrano, “La estrategia conservadora en la consolidación del orden liberal en Chile, 1860-1890”, en M. Carmagnani, *Constitucionalismo y orden liberal. América Latina, 1850-1920*, pp. 121-154

En Colombia la institución eclesiástica durante el siglo XIX aparentó ejercer un gran dominio cultural sobre la mayor parte del territorio. Los curas, por ejemplo, con frecuencia habían jugado un papel protagónico en las vidas de las poblaciones rurales. Ofrecían oraciones y bendiciones durante el nacimiento, el matrimonio y la muerte, y servían como correa de transmisión de las órdenes emanadas desde las altas jerarquías católicas para mantener la fidelidad local de los súbditos, moralmente al clero y políticamente a los conservadores¹⁵. Los sacerdotes eran una especie de pilares del orden social al aprovechar las misas dominicales y las ventajas que les ofrecía el calendario para censurar abiertamente a los librepensadores y a los que protestaban desde abajo.

Sin embargo, la disciplina propuesta por la iglesia en el siglo XIX no logró el dominio total de la moral y la espiritualidad de todos los colombianos. Muchos curas eran considerados seres malvados y corruptos que apoyaban a los opresores. Los campesinos, incluso, lograron desarrollar su propia religión combinando el cristianismo con creencias y prácticas indias y africanas¹⁶. Así mismo, los artesanos que era el grupo social popular más influyente en las ciudades adoptaron una concepción particular sobre el papel de la religión y la iglesia en la sociedad. Apoyaron políticamente la expulsión de los jesuitas y se inclinaron por la vuelta a un cristianismo más primitivo y menos manchado por los intereses materiales de la jerarquía católica¹⁷. La influencia que había tenido dentro de los artesanos la literatura romántica y utópica de los franceses les permitía llegar a ser anticlericales sin ser ateos o anticatólicos sin ser anticristianos¹⁸. Es esta una de las características esenciales que Hobsbawm describe respecto a las inclinaciones políticas y espirituales de los zapateros en la Inglaterra del siglo XIX. Y en el mismo sentido advierte E. P. Thompson al estudiar los rasgos definitorios de la cultura plebeya en el siglo XVIII europeo. Al decir de este último autor, a pesar de que esta poseía un tipo de cultura “conservadora”, se alejaba totalmente del ideal católico y los santos, por ejemplo, no eran venerados por los artesanos en las iglesias sino en las tabernas¹⁹. Elementos similares pueden ser hallados en la religiosidad popular del Caribe colombiano en el que la devoción hacia lo sagrado se construye a partir de las necesidades y las expectativas cotidianas.

Desde mediados del siglo XIX, con la implantación de toda una serie de reformas modernizantes y progresistas, sobretudo en cuanto a la delimitación de los espacios entre el Estado y la Iglesia Católica, la ciudad de Cartagena tenía una marcada preponderancia de

¹⁵ R. Vega, “Sotanas, candidatos y petrodólares. La caída de la república conservadora vista por un diplomático francés”, p. 30

¹⁶ Michael Jiménez, “La vida rural cotidiana en la República”, Beatriz Castro (ed.), *Historia de la vida cotidiana en Colombia*, Bogotá, ed. Norma, pp. 190-191

¹⁷ Francisco Gutiérrez, *Curso y discurso del movimiento plebeyo, 1849-1854*, Bogotá, El Ancora eds.-Iepri, 1994.

¹⁸ Jaime Jaramillo Uribe, “La influencia de los románticos franceses y de la revolución de 1848 en el pensamiento político colombiano del siglo XIX”, en *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*, Bogotá, Uniandes-Icanh, 2002, pp. 85-87

¹⁹ Eric Hobsbawm, “Zapateros políticos”, en *Gente poco corriente*, Barcelona, ed. Crítica, 1999, pp. 33-52; E. P. Thompson, *Costumbres en común*, Barcelona, ed. Crítica, 1999, pp. 13-28; Ver también Peter Burke, *La Cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza ed., 1991, pp. 80-81

las ideas liberales. Sectores populares como el de los artesanos se organizaron al lado de las elites locales en las Sociedades Democráticas. Los liberales fundaron estas sociedades en la Costa antes y después de la llegada de José Hilario López a la presidencia de la república (1849) y del nombramiento de José María Obando como gobernador de la Provincia de Cartagena (1849). Simultáneamente en la ciudad se lanzó el periódico liberal *La Democracia*, el primero de abril de 1849 hecho que, al lado del acompañamiento de los grupos de artesanos, ayudó al ascenso político del caudillo popular Juan José Nieto y a la consolidación de las ideas liberales en Cartagena²⁰. En este clima de tendencias liberales y de gran activismo político de los sectores artesanales era destacable también el papel que tenía en Cartagena la existencia de logias masónicas desde el mismo nacimiento de la república. En efecto, la ciudad fue un lugar esencial para la organización de estas sociedades secretas que, aunque generalmente estaban integradas por sectores de las elites, daban cabida dentro de ellas a dirigentes del artesanado. Esta era una sociedad laica que adoptaba actitudes libertarias contra los regímenes monárquicos, clericales y absolutos; y mostraba una marcada oposición no solo a la existencia de gobiernos tiránicos o dictatoriales, sino también a la influencia del clero en la política y en la sociedad. La masonería, que salvaguardaba los intereses liberales ajenos al beneficio eclesiástico y que fue el sustento de las políticas radicales, encontró desde temprana época en Cartagena, y más que en cualquiera otra ciudad colombiana, un fortín para el desarrollo de sus ideales. En Cartagena no solo se fundaron logias masónicas como la Hospitalidad Granadina N° 1 (1833), La Beneficencia (1833) y la Logia Unión N° 9 (1847), sino que también se creó tempranamente un Liceo Masónico (1859) y la primera logia femenina del país (La Estrella del Oriente, 1867). Así mismo, la ciudad era testigo anualmente de la fiesta masónica todos los 24 de Junio en honor al patrono de la logia, San Juan Bautista²¹.

La acogida que tuvo la masonería en Cartagena se debía en gran parte a su carácter de puerto marítimo. Gracias a su tráfico comercial se convertía en una ciudad cosmopolita por la relación que sostenía con todas las nacionalidades del mundo. Por ello sus habitantes tenían una mentalidad sin apasionamientos, tolerante, sociable con el extranjero y respetuosa de los demás²². Además el carácter portuario de Cartagena y su identidad negra y mulata la diferenciaban del mundo interiorano y la marcaba con un sincretismo cultural que alimentaba una actitud libertaria y desritualizada. Dado que era un lugar en la que confluían personas de diversa procedencia estaba abierta a las asimilaciones y adaptaciones que la ayudaban a convertirse en una ciudad mundana, innovadora y transgresora, alejada del ideal católico de la sociedad²³. Estos elementos contribuirían fuertemente en las opiniones de rechazo que se cultivaron en la prensa liberal en contra de la iglesia católica. A mediados del siglo XIX, en ciertos espacios periodísticos locales se reproducían escritos en los que ya eran visibles las actitudes anticlericales y la idea del regreso a un cristianismo

²⁰ Orlando Fals Borda, *El presidente Nieto*, Bogotá, Carlos Valencia eds., 1979, p. 104B.

²¹ Américo Carnicelli, *Historia de la masonería colombiana, 1833-1940*, tomo I, Bogotá, ed. Kelly, 1975, pp. 83 y 97.

²² A. Carnicelli, *Historia de la masonería colombiana, 1833-1940*, tomo I, pp. 260 y 449.

²³ S. Solano, *Puertos, sociedad y conflictos en el Caribe colombiano, 1850-1930*, pp. 3-8.

más puro, claramente influenciados por la literatura romántica de los franceses y la revolución de 1848. En septiembre de este mismo año el periódico cartagenero *El Porvenir* anunció su complacencia por la publicación a través de entregas de la obra *La historia de los girondinos* de M. de Lamartine, un demócrata de tendencia cristiana y anticlerical; mientras que *La Democracia*, un año después convocó la formación de un grupo de intelectuales para discutir en las “lecturas públicas” el contenido de obras como *El politeísmo* y *Palabras de un creyente*, muestra evidente de la relevancia que adoptaba el tema de la religión y de la interpretación romántica que, según Jaramillo Uribe, se le comenzaba a dar al cristianismo²⁴. En 1849, el *Semanario de la Provincia* tradujo una carta profética hallada en Roma, en la que se expresaba lo siguiente:

... Antes de la mitad del siglo XIX los reyes [de Europa] serán condenados junto con la nobleza i el clero, i los religiosos desertaran de los conventos. Roma perderá su cetro por la invasión de la falsa filosofía. El Papa será hecho prisionero por su propio pueblo, i la Iglesia de Dios... despojada de sus posesiones temporales. En poco tiempo después no habrá Papa... Últimamente la paz i la doctrina de Cristo serán restauradas al mundo²⁵.

Es decir, aquí es visible claramente una posición de tipo liberal muy marcada, que reclama no la destrucción de la doctrina cristiana sino la adopción de un nuevo tipo de religión que se separara del materialismo que había cultivado la iglesia tradicionalmente. En el mismo *Semanario* cinco meses después se hacía un llamado a la tolerancia y se cuestionaba la realización extemporánea del Rosario por las calles de la ciudad y fuera de las iglesias.

... Es dentro de los templos que deben tener lugar todas las funciones religiosas: con el hecho de ser en ellos donde se celebren nadie los criticará, porque todo hombre se hace tolerante para que lo sean con él; pero desde el momento en que esos actos salen del recinto de las iglesias para celebrarse en las calles, el público se convierte en espectador de la exhibición, i no pocos le dirigen un vituperio o una burla²⁶.

Pero el marco en los que se manifestaran de mejor forma, dentro de la prensa liberal, las actitudes anticlericales en Cartagena y en todo el territorio nacional es el que surge en medio de las guerras civiles del siglo XIX colombiano²⁷. En efecto, estas servían como escenario propicio para agitar el problema religioso, ya que en medio de las

²⁴ J. Jaramillo, “La influencia de los románticos franceses y de la revolución de 1848 en el pensamiento político colombiano del siglo XIX”, pp. 86-95.

²⁵ Biblioteca Bartolomé Calvo (Colombia) [BBC], colección de prensa microfilmada, *Semanario de la Provincia de Cartagena*, Cartagena, agosto 19 de 1849.

²⁶ BBC, *Semanario de la Provincia de Cartagena*, Cartagena, enero 13 de 1850.

²⁷ Al respecto se puede ver Fernán González, *Partidos, guerras e iglesia en la construcción del Estado-Nación en Colombia (1830-1900)*, Medellín, La Carreta, 2006; del mismo autor *La cuestión religiosa en las guerras civiles del siglo XIX colombiano*. Ponencia. *Memorias del XIIIº Congreso Colombiano de Historia*; Luis Javier Ortiz et al, *Ganarse el cielo defendiendo la religión. Guerras civiles en Colombia, 1840-1902*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2005.

conflagraciones la iglesia católica estrechaba su relación con los miembros del partido conservador, mientras que los liberales tomaban como blanco de sus ataques no solo al partido opositor sino también a la institución eclesiástica. La guerra civil de 1876, por ejemplo, que se generó por la negativa de los radicales a ofrecer instrucción religiosa obligatoria en las instituciones educativas, y por la existencia de escuelas normales orientadas por protestantes alemanes, puso en un punto alto el conflicto entre la iglesia y el estado liberal. El clero decidió apoyar a los revolucionarios conservadores y luego de la derrota de estos últimos, los radicales adoptaron medidas severas contra los miembros de la institución eclesiástica. Durante este conflicto el Estado de Bolívar no llegó a perturbarse, pero sí fue visible en la prensa oficial el rechazo de la dirigencia liberal local a la revolución clerical y conservadora. Personajes como el presidente del Estado Rafael Núñez y Eugenio Baena, encargado del poder local ante la ausencia del primero, expresaron su compromiso con el gobierno legítimo y se opusieron al afán de montar un régimen teocrático en el país²⁸.

El elemento central que llevó al rechazo de la revolución conservadora en la región fue la forma como se percibió que la guerra se había originado en nombre de un falso sentimiento religioso en el que se tomaba como pretexto la supuesta salvación de la doctrina católica; y el apoyo que le brindó el clero a los conservadores ayudó a reforzar esta posición. En el mismo mes (agosto) en que se desató la guerra, en la ciudad se reunieron 263 liberales para crear la Sociedad Democrática de Cartagena con “el exclusivo fin de ocuparse de la situación por la que atravesaba la republica”, y por unanimidad de votos decidieron apoyar al gobierno contra el “partido clerical-conservador” para salvar a la nación de la “intervención de toda idea ultramontana y retrograda”²⁹. Es más, en el marco de la guerra los dirigentes liberales plantearon que la educación y la posibilidad de crear nuevas instituciones para la enseñanza del pueblo, evitaba generalizar el clima de ignorancia que aprovecharían los conservadores y la iglesia para sus causas. La educación era la herramienta esencial para contrarrestar el interés por las ideas conservadoras³⁰. El dominio del clero católico era relacionado, por el contrario, con el fanatismo, la ignorancia y la opresión³¹. Al finalizar la “guerra religiosa”, dirigentes liberales locales como Manuel Laza Grau –quien después fuera gobernador de Bolívar-, plantearon al mismo gobierno nacional la necesidad de incrementar los controles sobre el clero³².

Así que el anticlericalismo ya expresado en la prensa y la sociedad cartagenera en el marco de las reformas liberales de medio siglo, tendió a tomar la misma dinámica que podía notarse en los discursos de las elites liberales del país, debido a la participación del clero en la guerra y gracias a la forma como se palpaba que una buena parte de la cúpula

²⁸ BBC, *Diario de Bolívar*, Cartagena, agosto 28 de 1876.

²⁹ BBC, *Diario de Bolívar*, Cartagena, agosto 9 de 1876.

³⁰ BBC, *Diario de Bolívar*, Cartagena, agosto 11 de 1876.

³¹ BBC, *Diario de Bolívar*, Cartagena, julio 2 de 1875.

³² Así se puede notar en una carta enviada por este dirigente al poder central de la nación. Ver: AHC, Gobernación. Iglesia, Serie 1.1. Legajo N° 22, noviembre 19 de 1877.

influyente de la iglesia se había alineado con el partido conservador³³. Estas actitudes anticlericales se hicieron prácticamente invisibles durante el periodo regenerador. La razón de esto se puede encontrar en la política represiva y policiva de los independientes y de los conservadores; que introdujeron serias limitaciones no solo a la libertad de credo, sino también a la libertad de pensamiento, de asociación y de prensa; por lo cual se expidieron leyes de censura que impidieron cualquier forma de pensamiento diferente al clerical. Sustentado en el artículo K de la Constitución (Ley de los Caballos), el 17 de febrero de 1888, el entonces ratificado presidente Rafael Núñez firmó el Decreto N° 151 de ese año sobre prensa, que en 24 artículos dictaminó los límites y las restricciones que adoptaba desde entonces el ejercicio periodístico. A partir de este decreto se calificó como delito y como práctica subversiva a los órganos de oposición; en especial aquellos que atacaban la religión católica. Los artículos 4 y 11 dejaron claro que era delito de imprenta y publicación subversiva aquella que atacara a la religión católica y fuera designada por las autoridades eclesiásticas como prensa mala³⁴.

Solo en agosto de 1889 el Ministerio de Gobierno censuró y prohibió la circulación de dos hojas periódicas, una editada en Bogotá (El Sagitario) y la otra de origen mexicano (Los Tratados...). Los argumentos para justificar estas suspensiones, expuestas en sendos decretos oficiales, estaban en el supuesto carácter subversivo de los periódicos, por su “lenguaje descaradamente blasfemo e inmoral” y por los ataques constantes a la religión católica y a las órdenes religiosas reconocidas por el Estado³⁵. A diferencia de lo planteado por la Constitución de 1863 sobre libertad de imprenta y prensa, durante la Regeneración se restringió severamente esa libertad, poniendo trabas a la prensa considerada de oposición; y en ese contexto correspondió a la jerarquía de la iglesia católica censurar los periódicos que consideraba perniciosos para la sociedad, que por lo general cuestionaban a

³³ Durante la Guerra de los Mil Días (1899-1902), al interior de la prensa liberal cartagenera también se agitó el tema religioso. Si en la guerra de 1876 la defensa de la religión fue tomada como pretexto por los conservadores y parte de la iglesia para emprender la lucha contra los liberales, la de 1899 fue presentada por los primeros como un ataque salvaje de los miembros del “antirreligioso” partido rojo contra la doctrina católica y el reino de Dios. BBC, *El Porvenir*, Cartagena, junio 11 de 1899, febrero 9, febrero 18 y diciembre 16 de 1900.

³⁴ Los 24 artículos del decreto oficial aparecieron publicados en el periódico católico de la ciudad, *El Hebdomadario*, en sus primeras páginas, durante los días abril 15, 22 y 29, y mayo 13 y 20, y junio 24 de 1888. Información extraída del Archivo Eclesiástico de Cartagena (en adelante AEC) gracias a la gentileza del estudiante Oscar Quintana.

³⁵ AHC, *Diario Oficial*, Bogotá, agosto 22 de 1889. Tuve acceso a esta información gracias a las estudiantes del Programa de Historia, Berena Pacheco, Libis Castellanos y Nays Flórez. Para ellas mis sinceros agradecimientos. Aún en 1910, a pesar de que se había atenuado la persecución contra las voces de la oposición, la iglesia pudo contar con el apoyo oficial para censurar, excomulgar y prohibir la circulación de la prensa anticlerical. Para esta época en Bogotá fueron perseguidos dos periódicos (*Ravachol* y *Chantecler*), de clara orientación anticlerical, y la censura fue tan extrema que uno de los directores de estos órganos fue obligado a abandonar el país. Sin embargo, este incidente no estuvo exento de conflictos porque algunos sectores sociales, entre los que se encontraban artesanos y estudiantes, se opusieron a las medidas proclericales y se enfrentaron contra los partidarios del poder dominante de la iglesia en Bogotá. Ver: Renán Vega, *Gente muy rebelde, 3. Mujeres, artesanas y protestas cívicas*, Bogotá, Pensamiento Crítico, 2002, pp. 78-86; para conocer sobre la censura de prensa en esta época en la región Caribe, ver Jaime Colpas, “La censura de prensa en Barranquilla: 1905-1910”, en *Historia y Pensamiento*, N° 3, Barranquilla, Universidad del Atlántico, 1999, pp. 7-11.

los miembros de la institución eclesiástica³⁶. En este ambiente el periodismo como instrumento de opinión moderna fue presentado por las autoridades eclesiásticas cartageneras como “peste de la sociedad” en el primer número del órgano católico *El Hebdomadario*, el 29 de agosto de 1886; y por medio de este buscaron lograr la despolitización de la opinión pública local³⁷, hasta el punto extremo que celebraron con entusiasmo la aparición en marzo de 1889 del periódico *Bolívar*, creado solo con el risible objetivo de informar sobre los trabajos realizados por la junta encargada de dirigir la elaboración de la estatua ecuestre del Libertador³⁸. Sin embargo, a pesar de este clima de represión periodística, en la ciudad siguieron apareciendo furtivamente hojas sueltas, folletos y pasquines que continuaron cuestionando ciertas actividades del clero. En marzo de 1891, un folletito llamado *Justus* fue replicado por la prensa católica porque publicó un artículo en el que, entre otras cosas, calificó de “bestias” a los obispos españoles que habían llegado durante la Colonia al país³⁹; y desde el mes de junio de 1896 en las prensas de *El Esfuerzo* aparecieron hojas políticas que se opusieron firmemente a la petición del convaleciente obispo Biffi y a la aprobación de la Asamblea Departamental de Bolívar de conceder anualmente una suma de dinero para el Seminario que formaba a los curas en la ciudad⁴⁰.

Pero el hecho que de mejor manera va a demostrar la inexistencia de un dominio clerical en Cartagena y la persistencia, en cambio, de un sector influyente en la opinión pública que se seguía mostrando como opositora al dominio de la jerarquía católica y al régimen de cristiandad⁴¹ implantado desde la Regeneración, es el levantamiento popular que se presentó contra el arzobispo local en diciembre de 1910.

La prensa en medio de la protesta contra el arzobispo

Entre los días 10, 11 y 12 de diciembre de 1910 se presentó en Cartagena una protesta popular dirigida a Pedro Adán Brioschi, arzobispo titular de la arquidiócesis de la ciudad. Estos motines se levantaron espontáneamente debido a la decisión tomada por el jerarca católico de traspasar a una compañía norteamericana parte de las propiedades inmuebles que poseía la iglesia en la ciudad. La justificación de Brioschi se hallaba en los ataques

³⁶ J. Cortés, *Curas y políticos*, pp. 306-313.

³⁷ Sergio Paolo Solano, “Política, religión e intelectuales en el Caribe colombiano durante la Regeneración (1886-1899)”, en *Historia Caribe* N° 4, Barranquilla, Universidad del Atlántico, 1999, p. 45.

³⁸ AEC, *El Hebdomadario*, Cartagena, marzo 17 de 1889.

³⁹ AEC, *El Hebdomadario*, Cartagena, marzo 8 de 1891.

⁴⁰ AEC, *El Hebdomadario*, Cartagena, junio 21 y julio 5 de 1896.

⁴¹ En un régimen de cristiandad se justifica la obediencia como un deber de los súbditos, y estos últimos pueden recibir favores de sus superiores y la benevolencia de Dios. En este estado lo que importa es la necesidad de obedecer y de mantener las jerarquías para ejercer control social e impedir la movilidad social, favoreciéndose solo a una elite civil y eclesiástica. Este concepto lo tomamos de J. Cortés, *Curas y políticos*, p. 113; y Ana María Bidegain, “La pluralidad del hecho religioso en Colombia”, en *Las religiones en Colombia*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1994, p. 23.

generalizados de la prensa liberal nacional contra la iglesia y en el aparente temor que le generaba la política bipartidista y democrática del presidente Carlos E. Restrepo, quien había prometido gobernar al lado de los liberales sin proteger institucionalmente a la religión católica. En el negocio se pretendía ceder a esta sociedad el palacio arzobispal, el edificio San Pedro Claver, las accesorias construidas detrás del seminario y la casa donde funcionaba el colegio San Pedro Apóstol⁴². La respuesta dada por el pueblo cartagenero a la iniciativa del clérigo fue inmediata. Dirigentes liberales y conservadores, masones, católicos, ciudadanos del común y de todas las capas sociales se indignaron y levantaron su voz de rechazo en las calles, plazas, talleres y hogares del centro de la ciudad. La plaza de la catedral y sus calles adyacentes se colmaron rápidamente para exigir al obispo la anulación del negocio, al calor de consignas como ¡abajo el clero!, ¡abajo la comunión y las sotanas!, ¡muera Brioschi!, que obligaron al obispo a refugiarse en la casa del gobernador José María de la Vega⁴³, ante el radicalismo de los manifestantes que llegaron al extremo de atacar con puñales y machetes el edificio San Juan de Dios, sitio de residencia de los jesuitas⁴⁴.

Los manifestantes se dirigieron desde el primer día de la protesta a la casa del gobernador y mientras agitaban consignas fue designada una comisión conformada por Luis B. Sánchez, Domingo Díaz Granados, C. Mouthon Rivera y Marceliano Jiménez, que se reunió con este para expresarle las razones del pronunciamiento popular. El gobernador respondió que se debía esperar a que se consultara con el gobierno nacional, pero una parte importante de los manifestantes siguió reunida y llegaron a lanzar guijarros al palacio arzobispal, a la espera del día siguiente. El domingo 11 aparecieron hojas sueltas y carteles que fueron pegados en las esquinas principales para convocar a una nueva jornada de protesta. Desde las tres de la tarde empezó la multitud a invadir los puntos estratégicos de la ciudad, y al tomar dirección hacia la calle del palacio arzobispal, un grupo de policías los enfrentó causando heridas a varios de los amotinados. Algunos respondieron dirigiéndose al mercado para armarse de machetes pero al final de la tarde y tras la mediación de Simón Bossa y Gabriel O'byrne se finalizó la jornada con el envío de un telegrama al presidente de la república. El día 12 más de dos mil personas, armadas algunas, comenzaron a recorrer las calles de la ciudad; de nuevo fue nombrada una comisión para interceder ante el gobernador, mientras otros dos señores, Ramón de Hoyos (Secretario de Gobierno) y Gabriel Rodríguez (Fiscal del Tribunal), se dirigieron a dialogar con el arzobispo. Al final, la comisión salió del palacio con el documento que sellaba la anulación de la venta de las propiedades firmada por

⁴² AEC, *Pastorales*. Doc. Of. N° 94, 1910.

⁴³ Eduardo Lemaitre, *Historia General de Cartagena*, tomo 4, Bogotá, Banco de la República, 1986, pp. 507-508.

⁴⁴ AHC, *El Porvenir*, Cartagena, diciembre 12 de 1910. La manifestación popular adoptó tanta importancia que el gobierno nacional se vio obligado a declarar el estado de sitio en la provincia de Cartagena, porque en los días que siguieron al motín se comenzaron a escuchar opiniones dentro de la dirigencia política local que cuestionaban la desigual relación que existía entre la Costa Caribe y el estado central, por lo que se planteó la posibilidad de separar la región del país o abogar por el establecimiento de una nación totalmente federal.

Brioschi, quien, además tuvo que comprometerse, dadas las exigencias de los manifestantes, a abandonar la ciudad el 17 de diciembre⁴⁵.

Este movimiento social puede ser denominado, como acertadamente lo plantea Renán Vega Cantor, una protesta cívica. El concepto hace alusión a las acciones de protesta social de índole popular que no pueden ser entendidas como huelgas obreras o luchas artesanales, porque, aunque en estos movimientos puedan estar incluidos estos dos sectores, abogan por reivindicaciones de otro tipo, convirtiéndose en manifestaciones multiclásticas en la que intervienen variados agentes sociales identificados con un objetivo común. Esta se define no tanto por sus fines sino por sus participantes, que pertenecen a diferentes sectores y luchan coyunturalmente en torno a la solución inmediata de un problema sentido por la población⁴⁶. El motín fue impulsado básicamente por un sentimiento patriótico herido. Al conocerse que las propiedades vendidas por el obispo iban a parar a manos de la sociedad norteamericana The American Educational Unión, la voz de rechazo entre los personajes políticos, la prensa y las gentes cartageneras fue general. Sólo habían transcurrido siete años de la pérdida de Panamá con la participación determinante de los Estados Unidos, y en el país estaba sembrado un sentimiento antiimperialista marcado y de antipatía y prevención hacia la política exterior de los norteamericanos⁴⁷. La protesta, en este sentido, puso en escena un sentimiento de patriotismo y de alerta ante la incursión de una compañía extranjera que se apoderaba de los bienes que pertenecían al pueblo cartagenero amenazando seriamente la soberanía nacional.

El otro factor importante para entender este hecho, y que se puso en evidencia en las páginas de los periódicos que circulaban dentro de la ciudad, se refiere a la forma como se percibía dentro de un sector importante de la sociedad cartagenera el papel que debía jugar la religión católica y la Iglesia como institución en la población. Dentro de los artículos, editoriales y noticias que se publicaron en la prensa local, la coyuntura del motín condujo a que se originara un gran interés por estos temas que, durante el marco de las guerras civiles del siglo XIX colombiano y todo el proceso histórico de esta centuria, habían estado presente en los escritos publicados en la prensa liberal o conservadora alrededor de todo el país. A raíz de esta protesta la alusión al tema en Cartagena se hará más evidente; en cierta forma porque la normatividad represiva de la constitución de 1886 en cuanto a la libre expresión y a la libertad de prensa ya había sido reformada, por lo que se permitían mayores espacios a la antiguamente perseguida opinión de origen liberal. Además, la misma naturaleza y el estilo de gobierno del presidente Restrepo servían como garante a los que expresaban sus desacuerdos y diferencias políticas o religiosas. Esto trae como

⁴⁵ AHC, *Penitente*, Cartagena, diciembre 18 de 1910.

⁴⁶ R. Vega, *Gente muy rebelde*, 3. *Mujeres, artesanas y protestas cívicas*, pp. 15-16.

⁴⁷ AHC, *Penitente*, Cartagena, diciembre 18 de 1910. *Cursivas nuestras*. *El Porvenir*, Cartagena, diciembre 11 y diciembre 13 de 1910; *El Caribe*, Cartagena, diciembre 17 de 1910; para una interpretación mas detallada del carácter antiimperialista de esta protesta ver: William Malkún, *Una presencia hostigaste: agresiones extranjeras y actitudes antiimperialista en Cartagena, 1903-1918*, Tesis de grado, Programa de Historia, Universidad de Cartagena 2002; ver también: María Bernarda Lorduy, "La protesta social en Cartagena, 1910-1920", artículo incluido en esta revista.

consecuencia que al interior de la prensa local se origine una especie de debate o de reflexión colectiva respecto al papel social de las autoridades eclesiásticas y la naturaleza que debía tener la fe católica. El mismo 10 de diciembre, cuando Cartagena se estremecía con la noticia de la venta de los bienes de la iglesia, *El Porvenir* reprodujo una pastoral del arzobispo de Medellín que se pronunciaba en contra de los ataques perpetrados por la prensa colombiana al clero católico y a las figuras simbólicas del cristianismo. En palabras del obispo, la libertad de prensa declarada en Colombia en este tiempo solo había servido para comprobar que tanto en el pasado como en el presente la humanidad se hallaba dividida en dos campos: el de los católicos y el de los anticatólicos⁴⁸.

Esa dogmática categorización del prelado medellinense se explica en parte por la gran ascendencia que históricamente había tenido la Iglesia en algunas regiones colombianas como Antioquia en donde, al decir de Gloria Mercedes Arango, el catolicismo tradicional impregnó y reinó culturalmente, hasta el punto que los discursos del clero tuvieron un gran nivel de influencia en las organizaciones sociales y en los actos y asuntos de la vida de sus habitantes⁴⁹. Pero en la región Caribe la situación histórica de la iglesia estaba revestida de unas particularidades distintas, dado que dicha institución, a pesar del poder social con que contó desde 1886, tuvo que sortear serias dificultades y marcos conflictivos frente a un sector de los grupos políticos dirigentes y ante una sociedad frecuentemente trasgresora, desordenada e irreverente. Además, el desmedido amor al lucro que el clero local había cultivado desde tiempo atrás⁵⁰ y la existencia de una religiosidad popular y alterna, sirvieron para que en el marco de la protesta contra Brioschi aflorara, dentro de la opinión pública cartagenera, la impopularidad que padecía la iglesia institucionalmente; y fue retratada de forma creciente en las páginas de la prensa local. Así que lo que en un principio reflejaba una demostración de patriotismo del pueblo y una muestra de su capacidad para hacer valer sus derechos, se convirtió en una prueba inequívoca de la escasa capacidad hegemónica de la iglesia en la ciudad; es decir, este escenario coyuntural sirvió para que los periódicos liberales, independientes y hasta los conservadores oficialistas le cobraran al clero católico muchas de sus acciones y disposiciones. Desde el periódico *Penitente*, días después de los motines, se hizo una comparación entre Brioschi y Biffi, calificando al primero como mercenario y aplaudiendo al segundo por sus cualidades humanas:

... Murió el apóstol [Biffi] y en memoria del maestro se honró al discípulo [Brioschi] – que no otros meritos autorizaban el ascenso –; pero ¡cuanta diferencia entre la bondad y la caridad evangélica del uno y la impetuosidad del otro! No, no ha sido buen discípulo quien no ha sabido imitar los ejemplos de aquel maestro. Oh! El apóstol Biffi! ¿y cómo no ha de ser buena una religión que cuenta santos como ese?⁵¹.

⁴⁸ AHC, *El Porvenir*, Cartagena, diciembre 10 de 1910.

⁴⁹ Gloria Mercedes Arango, *La mentalidad religiosa en Antioquia, 1828-1885*, Medellín, Universidad Nacional, 1993; ver también Luz Gabriela Arango, *Mujer, religión e industria*, Medellín, Universidad Externado de Colombia-Universidad de Antioquia, 1991.

⁵⁰ AHC, *El Liberal*, Cartagena, diciembre 17 de 1910.

⁵¹ AHC, *Penitente*, Cartagena, diciembre 18 de 1910.

La pregunta en forma de afirmación que es presentada aquí denota la línea divisoria que se establecía entre el culto sagrado como tal y los encargados de intermediar entre Dios y los hombres. A pesar de que los sacerdotes y toda la jerarquía eclesiástica pudiera ser vista con cierto grado de respeto y de autoridad en materia religiosa, lo expuesto en la prensa local demostraba lo lejos que se estaba en Cartagena de alguna forma de alienación y seguimiento ciego a los presupuestos emitidos por la elite católica de la ciudad. Tan real era esto que el mismo periódico oficialista y conservador, *El Porvenir*, apoyó el pronunciamiento popular y estuvo plenamente identificado con la idea de expulsar para siempre al arzobispo Brioschi por ser persona no grata⁵². Lo que quiere decir que la incuestionable devoción que se expresara y se sintiera hacia Dios no significaba sumisión perpetua y acatamiento incondicional a las decisiones de los sacerdotes. Dos meses antes del conflicto pueblo – obispo el *Penitente* se había encargado de describir en una forma muy humana y abierta al creyente, “... El que se siente hermano del pobre, del pequeño, del menor, del débil, del enfermo, del desheredado, del que sufre; todo el que se conduce de las miserias ajenas; todo el que trabaja en las mejoras de las demás; todo el que obra de acuerdo con la conciencia; todo el que tiene un ideal y se entrega a él, ese, sea quien fuere, quiéralo o no lo quiera cree en Dios”⁵³.

Esta definición muy espiritual pero también muy pragmática de lo sagrado reflejaba la idea desinstitucionalizada que se manejaba al interior de un porcentaje importante de la sociedad cartagenera sobre las cuestiones religiosas. El clero local, en cambio, se había desprestigiado e impopularizado entre sus fieles por la alianza que realizó la iglesia con los poderes políticos y económicos. Ese materialismo de la cúpula católica llevó, por ejemplo, a que la Sociedad de Artesanos de Cartagena, al expresar al gremio su programa y los ideales que los movilizaba, se manifestara sobre esta en el primer número de *Voz del Pueblo*: “... Por mucho tiempo hemos sido el escabel por donde han subido a innmerecidas alturas no pocos oportunistas que, como los falsos apóstoles de una moderna redención, predicaron las doctrinas evangélicas del Cristo e hicieron después de fariseos... No seamos mas escabel de (estos)”⁵⁴.

Como se había mencionado, históricamente los artesanos habían reivindicado la protección social del cristianismo y no la dimensión espiritual del catolicismo; y más que enfatizar en los elementos de resignación y en el mantenimiento de las jerarquías y el orden establecido, los artesanos reclamaban como tradición la rebeldía de Jesús, las denuncias contra las riquezas y la vida colectiva de los primeros cristianos⁵⁵. Y estas no solo eran ideas de los órganos periodísticos de este gremio, porque en la coyuntura del motín la misma prensa oficialista cartagenera terció en el debate sobre el “ser religioso”. *El Porvenir* llegó a lanzar severas críticas contra muchos conservadores, calificándolos como “puñados de farsantes que se esconden tras el sagrado velo de la religión de Cristo”, y reclamó que para

⁵² AHC, *El Porvenir*, Cartagena, diciembre 13 de 1910.

⁵³ AHC, *Penitente*, Cartagena, octubre 9 de 1910.

⁵⁴ AHC, *Voz del pueblo*, Cartagena, febrero 3 de 1911.

⁵⁵ Mauricio Archila, *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*, Bogotá, Cinep, 1991, p. 91

ser católicos “hay que hacer el sacrificio de las pasiones y ajustarse a la sana moral y ser humilde, aun en medio de la opulencia”⁵⁶. Similar cuestionamiento presentó un ciudadano en *El Porvenir* al comparar a los dirigentes de la religión católica que, según él, fomentaban el odio entre sus seguidores por sus intenciones políticas y materiales, mientras que los ministros de la religión protestante demostraban humildad y dedicación hacia el prójimo⁵⁷.

Así que el marco de la protesta contra Brioschi estaba comprobando que la ciudad religiosamente pensada por la Iglesia y los regeneradores, en la que los fieles debían ser sumisos y cumplidores de sus deberes como católicos, no era una realidad. La Iglesia no dominaba el alma de sus fieles y las creencias religiosas de las gentes no significaban que se dejaran pasar las injusticias y los atropellos que se cometían contra ellos. Además, lentamente se producía una privatización de la fe a pesar de la persistencia de las prácticas tradicionales de la Iglesia. El anticlericalismo como componente político dentro de un sector influyente de la sociedad cartagenera era evidente. Para demostrarlo solo basta con reseñar lo que se generó en la prensa liberal de la ciudad dos años después del motín.

El regreso de Brioschi y la aparición de la prensa clerófoba

Desde marzo de 1912 y tras ser confirmado en su sede por el Papa, Brioschi había regresado a Cartagena para ocuparse de nuevo de su diócesis, siendo recibido oficialmente “bajo arcos de flores” por los dirigentes conservadores. Sin embargo, un sector importante de la población se resistió y no aceptó que el causante de los hechos trágicos de 1910 no solo regresara tan pronto a su silla episcopal, sino que lo hiciera en medio de aplausos, discursos y bienvenidas. Aunque la prensa conservadora recibió con agrado la vuelta de Brioschi, el rumor del regreso preocupó, desde el inicio, al resto de la opinión pública. Incluso los pronunciamientos del pueblo habían logrado aplazar en dos oportunidades la intención de regreso del arzobispo. La prensa liberal lo recibió con rechazo, indiferencia y hasta con una actitud desafiante. El periódico *El Autonomista* se pronunció de esta forma:

... Nada placentera ni tranquilizadora resulta la vuelta del señor arzobispo... ¿... habrán hecho creer al prelado que ya la grey está de rodillas esperando el perdón de su amantísimo pastor...? Creemos que si el señor arzobispo puede entrar entre el lucimiento del superficial esplendor de una recepción oficial y de otra oficiosa, no así disfrutará de la satisfacción moral de pasar bendiciendo a un pueblo que le sonría. No! no podrá sonreírle un pueblo contra el cual esta comprendido como principal acusado de una causa criminal⁵⁸.

Por su parte, el periódico *Rojo y Negro*, advirtió con voz irreverente sobre la disposición combativa de este órgano: “A nosotros [decían] nos tiene sin cuidado la vuelta del señor

⁵⁶ BBC, *El Porvenir*, Cartagena, diciembre 24 de 1910.

⁵⁷ BBC, *El Porvenir*, Cartagena, marzo 1 de 1911.

⁵⁸ AHC, *El Autonomista*, Cartagena, marzo 13 de 1912.

Brioschi... Puede volver cuando guste: nos encontrará con el sombrero puesto y la pluma en la mano”⁵⁹. En efecto, a partir de entonces se desataría entre las páginas de los dos periódicos liberales locales la más enérgica y férrea lucha contra las actividades del clero. Pero las críticas ya no se reducirán al tradicional anticlericalismo que buscaba disminuir políticamente a los ministros de la Iglesia. Los ataques irán mas allá, y en casi todos los números de estos periódicos se hará alusión a las dignidades eclesiásticas y a la organización de la Iglesia para ofenderla y mofarse de ellas, adoptando una actitud que los mostrará como verdaderos clerófobos.

Las páginas de *El Autonomista*, periódico aparecido desde febrero 14 de 1912 bajo la dirección de Luis A. Múnera, tenían un carácter eminentemente político, y en este sentido el tema del anticlericalismo poseía cierta prioridad debido al rechazo liberal a la alianza oficial entre la Iglesia y el régimen conservador. El problema, según ellos, radicaba en que a pesar de que las practicas de los militantes del partido liberal eran similares a las de cualquier cristiano, la religión había sido tomada como bandera de un partido que se autoproclamaba como el defensor del catolicismo. De ahí que el periódico emprenda una sistemática campaña contra los curas, la Iglesia y la misma religión, para hacer ver a sus lectores sobre el daño que, según ellos, el país había sufrido desde que comenzó a imperar la influencia clerical. La organización misma de la Iglesia universal era, a juicio de los redactores del semanario, un peligro inminente para el desarrollo material y moral de las sociedades. Sobre la presencia del Papa en las naciones del mundo, anotaban por ejemplo:

Doquiera que encontremos el Papismo, hallaremos degradación moral, torpeza intelectual, incomodidad y miseria física... la tendencia del catolicismo es la misma. Causa la despoblación de los reinos, aniquila la industria, destruye el comercio, corrompe los gobiernos. Debilita y destruye la raza de los hombres y aniquila los cimientos de la sociedad...⁶⁰.

El periódico en el mismo sentido objetaba que el sostenimiento del clero colombiano le había representado al Estado una carga demasiado cuantiosa que frenó o limitó el proceso de modernización, lo que significó atraso para el país porque “al estafar al pueblo” para pagar los servicios eclesiásticos, se abandonó “la construcción de vías férreas, la fundación de bancos de ahorros, escuelas, hospitales y colegios”⁶¹. Para el semanario liberal el clero sinónimo de opulencia, corrupción y violencia contra sus opositores políticos⁶². Pero las críticas de *El Autonomista* no terminaban con el juzgamiento a las actividades externas de la jerarquía eclesiástica. La misma doctrina católica y el sentido que debía tener la religión eran temas aludidos frecuentemente. La excomunión como herramienta de poder de la iglesia, por ejemplo, para ellos carecía de importancia en la sociedad por la llegada de los

⁵⁹ AHC, *Rojo y Negro*, Cartagena, marzo 16 de 1912. Cursivas nuestras.

⁶⁰ AHC, *El Autonomista*, Cartagena, septiembre 12 de 1912.

⁶¹ AHC, *El Autonomista*, Cartagena, agosto 27 de 1912.

⁶² AHC, *El Autonomista*, Cartagena, marzo 20 de 1912.

tiempos modernos. Así, la excomunión lanzada por la Iglesia cartagenera en agosto de 1912 contra los dos órganos periodísticos liberales, era vista como una acción ridícula y digna de desprecio, por lo cual fue respondida con los siguientes argumentos:

La excomunión, en los tiempos que corren, está considerada como una necesidad de a folio, por consiguiente solo merece que sea combatida por el desprecio. Cuando no se conocía a Voltaire ni a Diderot, cuando todavía la ciencia y la razón no habían probado la ridiculez con que se caía creyendo en la providencia divina del sacerdocio y la infalibilidad del Papa, esas excomuniones eran algo tan terribles como una sentencia de muerte; pero hoy que la Iglesia católica a caído en enorme descrédito..., hoy que la humana inteligencia ha buscado otros orientes mas abiertos a la verdad, salirnos con esa excomunión es caer en completo ridículo...⁶³.

Como se puede notar el cuestionamiento emprendido por la prensa liberal parecía adoptar una forma de discurso más radical y mejor elaborado, y que sobrepasaba el anticlericalismo meramente institucional generalizado normalmente en Colombia. Un articulista del periódico al que estamos haciendo referencia -y que sirve para sustentar lo que se desea mostrar aquí-, llegó a definir de una manera bastante simple y con cierto aire de reclamo el papel que cumplían los templos y sus ceremonias religiosas. La devoción a Dios, según este, no se reducía a la mera recepción pasiva y momentánea de la autorizada voz de los sacerdotes porque, en su parecer, Dios estaba en todas partes y las misas solo beneficiaban económicamente a los clérigos.

En cualquier punto podemos ponernos en comunicación con (Dios). Luego no es necesario ir a determinada parte para hacerlo... Aquí se predica que quien no va a las Iglesias, ni da para ingresar ciertas tripas, es impío, protestante, y en ultimo lugar masón... la situación actual es ya bastante imposible, los succionadores de traje telar acosan sin piedad a todos, por el solo hecho de no acompañarlos en sus vergonzosas practicas y hemos de poner coto a tan absorbente y degradante estado...⁶⁴.

Todas estas expresiones descalificadoras que cuestionaban seriamente el rol desempeñado históricamente por la Iglesia católica en Colombia van a ser reproducidas con mayor fuerza y bajo la utilización de un lenguaje más hiriente y ofensivo en el semanario Rojo y Negro. Este periódico dirigido por Alejandro Amador y Cortés, en efecto, se identificaba con el mismo carácter político y doctrinario observado en El Autonomista, pero su radicalismo liberal extremo en cuanto a sus posiciones frente a los temas de la iglesia y la religión será más evidente y constante, hasta el punto que lo mostrado por su hermano de combate en el campo periodístico, parecería producto de la moderación. En el ambiente de enfrentamiento que se vivía dentro de la prensa cartagenera por el manejo de la opinión

⁶³ AHC, *El Autonomista*, Cartagena, agosto 7 de 1912.

⁶⁴ AHC, *El Autonomista*, Cartagena, septiembre 5 de 1912.

pública, circulaban una gran diversidad de periódicos que iban desde los que perseguían defender y propagar cuestiones meramente gremiales y sociales, hasta los que abogaban por expresar y reivindicar los proyectos políticos de sus colectividades o partidos. De ahí que al interior de Rojo y Negro se pongan de manifiesto las posiciones políticas que adoptaban y que recurrentemente contradecían las opiniones de sus contradictores políticos. Por eso gran parte de los artículos, noticias y editoriales se montaban en función de las visiones publicadas por el oponente. La prensa conservadora, en este sentido, se convertía en el blanco principal de los órganos de difusión liberales, y será contrarrestada severamente desde sus páginas. En el mismo sentido, la Iglesia católica, que también contaba con espacios periodísticos protegidos legítimamente por el Estado como El Hebdomadario, se destacaba en todos los números de Rojo y Negro como un asunto de vital importancia para atacar constantemente. Por ejemplo, con un discurso muy liberal y progresista, una editorial de este periódico que iba dirigido a los redactores de El Caribe, dejó sentada la posición que tenían respecto a los temas de la religión y las iglesias organizadas, mostrando claramente que estaban afiliados doctrinalmente al librepensamiento y a la modernidad, por lo que mostraban aversión a todo lo relacionado con el poder del clero y el fanatismo religioso:

El colega sabe bien que ni cristianos, ni católicos, ni protestantes, ni mahometanos, ni budistas, ni nada que huelga a individuos de una religión, somos nosotros. LIBRE PENSADORES, en la más alta acepción del vocablo, he ahí lo que somos. Respetamos todo lo que haya respetable en las doctrinas religiosas de los pueblos, y abominamos todo lo que en ellas hay abominable. Como hijos de Colombia, como ciudadanos que sentimos muy adentro del alma el amor patrio, detestamos el clero católico absorbente, funesto y cruel⁶⁵.

Se observa aquí una posición política sustentada claramente en bases ideológicas, por lo menos desde el punto de vista del discurso que se maneja. El liberalismo en la más alta acepción del vocablo es lo que se pone en evidencia aquí; por lo que se refleja un interés definido hacia la consagración de un Estado totalmente laico. Es decir, la discusión no se reducía solo al plano del componente católico sino más bien al tema de la instrumentalización que se le daba al discurso religioso y los fines con que se acudía a este. Por todo esto cabe anotar que el convencional y acostumbrado anticlericalismo cultivado por los liberales durante el siglo XIX, pareció llegar a una etapa más radical debido a la estrecha alianza que entre conservadores e iglesia se había montado. Pues bien, Rojo y Negro no solo se autopresentaba como un periódico abiertamente anticlerical; sus columnas lograron demostrar fácilmente su identificación con un profundo sentimiento anticatólico y antirreligioso. Desde que comenzó su circulación, no tuvieron reparo, por ejemplo, para burlarse de los sacerdotes, mofarse de sus excomuniones, criticar a los más respetados símbolos y ceremoniales del catolicismo y tachar a los curas de corruptos y asesinos. Por eso las custodias que desaparecían en los pueblos caían en manos de los

⁶⁵ AHC, *Rojo y Negro*, Cartagena, 25 de mayo de 1912. Mayúsculas en el original.

sacerdotes⁶⁶, las procesiones católicas eran infructuosas y tenían efectos contrarios⁶⁷, y los curas escondían un espíritu tan maligno⁶⁸ que los llevaba al extremo de la venganza y el asesinato⁶⁹. Pero lo que mejor va a demostrar la radicalización del discurso anticlerical es la crítica abierta que presentaran frente a algunos de los ritos, las ceremonias y los símbolos de la religión católica. La sagrada eucaristía, por ejemplo, era a juicio de los redactores, un mero convencionalismo, y tan contrario al evangelio de Cristo que con esto se estaba cometiendo un acto de sacrilegio: “(...) si es verdad que el sacerdote convierte el pan y el vino en “verdadero” cuerpo y “verdadera” sangre de Cristo, el mundo debe estar lleno de Jesucristos. El sacerdote se come al Hombre – Dios, lo digiere y lo convierte en la más asquerosa inmundicia...”⁷⁰.

Así mismo sobre el confesionario aseveraban:

¡Ah! El sacerdote por medio del confesionario, sabe más del corazón de la esposa que su mismo marido... Muchas veces se sienta allí como lascivo seductor; allí se sienta el representante de la escena triste del Paraíso; el hombre y la mujer fueron dichosos, mientras estuvieron solos, pero otro tercero se interpuso entre ambos, silbó palabras de seducción al oído de la mujer, y... cayó He ahí el tipo del confesionario!⁷¹

Esta idea que se refleja aquí, según Manuel Delgado Ruiz, fue una de las aristas principales del imaginario anticlerical europeo de finales del siglo XIX y principios del XX. En la prensa y en la literatura antieclesial europea de esta época se hace alusión permanente a lo que él llama “el cura entre tu y yo”, es decir, al hecho de que entre las relaciones de poder que se tejían alrededor del discurso anticlerical, se hallaban cuestiones relativas a la mujer, a la familia y al hogar. La iglesia era hallada culpable de impedir que la vida privada deviniera realmente privada, y de que la relación de pareja se viera intervenida por la actuación de los curas en los asuntos privados de la vida doméstica. De ahí que a juicio de Delgado entre los argumentos del discurso anticlerical europeo se señale a los sacerdotes como impostores entrometidos que invadían la nueva esfera de lo privado para desautorizar la figura paterna y sublevar a las mujeres contra sus esposos⁷².

La novedad que se está agregando en la prensa liberal cartagenera, es que la vieja forma de atacar a la Iglesia con argumentos estrictamente políticos pareció quedar en el olvido. Este

⁶⁶ AHC, *Rojo y Negro*, Cartagena, abril 21 de 1912.

⁶⁷ AHC, *Rojo y Negro*, Cartagena, junio 6 de 1912.

⁶⁸ AHC, *Rojo y Negro*, Cartagena, agosto 18 de 1912.

⁶⁹ AHC, *Rojo y Negro*, Cartagena, agosto 11 de 1912.

⁷⁰ AHC, *Rojo y Negro*, Cartagena, septiembre 28 de 1912.

⁷¹ AHC, *Rojo y Negro*, Cartagena, septiembre 1 de 1912.

⁷² Manuel Delgado Ruiz, “La mujer fanática. Matrifocalidad y anticlericalismo en España”. *La Ventana* N° 7, (Revista virtual), 1998, pp. 78-80. En: <http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/laventana/ventana7/ventana7-3.pdf> (Consulta: marzo 4 de 2008).

tipo de manifestación, similar a lo acontecido dentro de las expresiones anticlericales europeas, era algo realmente nuevo para el caso que analizamos. Si nos remontamos hacia la mitad del siglo XIX en Colombia, e incluso hacia finales del mismo, encontraremos que el anticlericalismo liberal de aquellos años se reducía a minar el poder electoral, social y político de la iglesia como institución organizada, ya que la mayoría de los dirigentes destacados del liberalismo siempre se preocuparon por demostrar que la falsa tesis elaborada por los conservadores y el clero, en la que se presentaba a los miembros del partido liberal como ateos y anticatólicos, no tenía ningún sustento en la realidad. Con pocas excepciones, hasta los más fervientes liberales radicales aceptaban que sus prácticas y actitudes religiosas en nada se distanciaban de las prácticas sagradas de los conservadores y de la doctrina cristiana. Esto lo demostraban argumentando que los miembros de ambas colectividades políticas tenían un origen católico, dado que los elementos propios de esta religión como el bautismo, la comunión, el matrimonio, la asistencia a las misas, los rezos convencionales y hasta los mismos actos fúnebres, eran acatados y respetados tanto por los conservadores como por los liberales.

Pero, como hemos querido mostrar, esta idea tendió a ser abandonada por los liberales cartageneros en los inicios de la segunda década del siglo XX. El afán por presentarse ante el resto de la sociedad como católicos que solo estaban en la búsqueda de un proyecto político alejado de la influencia clerical ya no existía. Aunque se continuaba defendiendo intensamente este último propósito, pareciera que el largo matrimonio establecido entre la Iglesia y los gobiernos conservadores desde 1886 y la intransigencia evidente del alto clero local, sirvieron como prueba y motivo para que los redactores de los dos órganos periodísticos liberales se concientizaran y se desprendieran de cualquier acto de deferencia y de respeto hacia la jerarquía católica y la misma religión. El espacio que antes había sido ocupado por los argumentos, los discursos y el debate político finamente elaborado, ahora le abría campo a la injuria, la burla, la ofensa, la caricatura y la intolerancia respecto a las prácticas del credo católico.

Es decir, si durante el siglo XIX los liberales habían recurrido al anticlericalismo en el sentido estricto del término que aquí se ha manejado, se puede afirmar que para la época que cierra este estudio el concepto adquiere otras connotaciones, y ahora los miembros de esta colectividad bien puede ser identificados con el anticatolicismo y el ateísmo. La falsa representación popularizada desde los discursos de la iglesia y los conservadores en contra de los liberales ahora tenía sentido. Se puede sugerir que parte de la razón de esto se encuentra en que durante el siglo XIX dentro del pensamiento y la mentalidad liberal la iglesia como institución pudo contar con cierto grado de prestigio, respeto y autoridad, y la presencia y la asistencia espiritual del cura todavía era vista como necesaria, a pesar de los ataques de los que era objeto, gracias a la relevancia que tenían las cuestiones sagradas en la sociedad. Pero pasados los años y con esto la llegada y generalización de la privatización de la fe, así como el predominio del pensamiento moderno y laico, los liberales tendieron a radicalizar sus posturas frente al tema religioso. Todo esto fue ayudado por el materialismo y las ansias de poder político que la iglesia colombiana había cultivado desde los tiempos de la regeneración. De este nuevo contexto era fruto el

periodismo liberal que se hacía en Cartagena. Como era de esperar, el 31 de julio de 1912, el provicario general de la ciudad, Presbítero José María Muñoz, sentenció bajo pena de excomunión al periódico Rojo y Negro. Estos recibieron con beneplácito la noticia, "... hemos ordenado duplicar el número de ejemplares para esta y las sucesivas ediciones, seguros como estamos, que no hay mejor recomendación para la venta de un periódico que un cogulla le suelte la más tremenda de las excomuniones. Sepa, pues, señor clérigo, que le estamos agradecidos deberás por el gran servicio que nos ha hecho queriendo hacernos un mal..."⁷³.

⁷³ AHC, *Rojo y Negro*, Cartagena, agosto 4 de 1912. A pesar de las posiciones represivas del clero, el anticlericalismo militante de la prensa liberal cartagenera no llegó a romperse con esos ataques y prohibiciones legitimadas por el Estado conservador. Para 1916 circulaban de nuevo dos periódicos de línea republicana (*La Verdad* y *La Unión Comercial*), que, aunque más moderados que los anteriores, tenían dentro de sus objetivos centrales disminuir la preeminencia política de la Iglesia dentro de la estructura del poder civil colombiano. Así que fue necesario, de nuevo, la inclusión de estas dos hojas periódicas dentro de la lista negra de la Iglesia por ser lecturas peligrosas. La pastoral colectiva de octubre de 1916 excomulgó, censuró y prohibió, con el carácter de pecado mortal, la circulación y lectura de estos. Ver AHC, *La Verdad*, Cartagena, marzo 27, abril 11 y junio 5 de 1913; *La Unión Comercial*, Cartagena, agosto 4 y 11 de 1915, febrero 19, mayo 20 y octubre 28 de 1916.